

El futuro de las bibliotecas y el oficio bibliotecario

Daniel INNERARITY*

A Jone Lajos

Las sociedades democráticas nos jugamos nuestro futuro en el modo como seamos capaces de promover el saber, organizarlo y ponerlo a disposición de las personas y de las decisiones colectivas. Por eso la estimación pública de las instituciones del conocimiento y sus oficios correspondientes dice mucho acerca de nuestros valores y nuestras aspiraciones. No porque sea más noble una biblioteca que un campo de fútbol o porque una profesora merezca un sueldo mayor que un constructor, sino porque en el conocimiento se contienen las respuestas más decisivas a nuestros principales desafíos.

Las bibliotecas y sus oficios correspondientes son instrumentos de esa gestión del conocimiento que se materializa en edificios y profesiones. ¿Qué podemos esperar de ellos y cuál es el futuro que les aguarda en la sociedad contemporánea? Es una cuestión que en el fondo nos remite a la pregunta acerca de cómo se organiza el saber en eso que, tal vez con un exceso de pompa, llamamos sociedades del conocimiento.

La primera dificultad para contestar a esta pregunta procede del hecho de que nos estamos refiriendo a una institución viva y que, por tanto, la biblioteca puede alterar su función con el paso del tiempo al igual que puede cambiar lo que los demás le exigimos. Las bibliotecas son unas instituciones tan antiguas que han visto nacer y sucumbir civilizaciones, han sobrevivido a profundos cambios sociales y culturales, por lo que no tiene nada de extraño que de vez en cuando sufran una cierta crisis de identidad. Han sido de todo, tal vez demasiadas cosas en un espacio de tiempo relativamente pequeño: templos, museos, almacenes, gabinetes de curiosidades, lugares de estudio, colecciones, instrumentos de construcción nacional y ahora parecen simples nodos de una red ilimitada... El hecho de que las bibliotecas, en virtud de las nuevas tecnologías, no sean simplemente lugares donde se guardan libros y revistas, sino instituciones en las que se gestiona información, ha llevado a algunos a declarar su final, la muerte de la biblioteca, cuando tal vez lo que habría que decir es que se trata más bien de una transformación destinada a garantizar su supervivencia, lo que indudablemente implica una redefinición de su tarea.

Si pretendemos adivinar el futuro de una institución como la biblioteca puede que lo más útil sea preguntarnos por su función, la que ha ejercido y la que está llamada a desempeñar en adelante, de acuerdo con el tipo de sociedad a la que sirve. Contando con la benevolencia del lector ante la simplificación que ahora propongo (en beneficio de hacernos una visión de conjunto y no perdernos en los detalles), podríamos decir que ha habido tres inquietudes fundamentales en relación con la cultura escrita: la pérdida, la corrupción y el exceso, que en el fondo se reducen a dos estrategias básicas. Las dos primeras inquietudes

*Filósofo y ensayista. Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2013.

han suscitado una serie de tareas para *defender a los libros*, mientras que la tercera nos impulsa a *defendernos de los libros*.

Las bibliotecas han tenido como objetivo fundamental la protección de los libros (y en buena parte no han dejado de tenerlo). En este ámbito, la primera amenaza que se cierne sobre los libros es la de la pérdida. Esta preocupación ha dirigido la búsqueda de textos amenazados, la copia de los libros más preciosos, la impresión de los manuscritos, la edificación de las grandes bibliotecas, el aumento de sus fondos. Se trataba de guardar, fijar y preservar los libros contra su posible desaparición. De este modo, las bibliotecas continúan aquel deseo de fijación que marca el tránsito de las culturas orales a las culturas escritas. Las bibliotecas introducen los escritos en un espacio que permite salvarlos de una intemperie devastadora. Con esta operación se dotaba a los libros del estatuto de lo que no merecía morir, aproximándolos cuanto fuera posible a la inmortalidad. De ahí que las bibliotecas hayan sido a menudo asimiladas a santuarios o —en una versión más cruel, vistas las cosas desde la alegría de la vida perezosa— a los cementerios. Virginia Woolf las definía como un lugar “donde los muertos están vivos y los mudos hablan” porque, en última instancia, hay en ellas un intercambio de vida y de muerte: la vida afuera es oralidad, cultura en movimiento y posibilidad de morir; en realidad, el texto que se asegura la inmortalidad en una biblioteca ha dejado de vivir.

10 Forma parte de la obligación general de proteger los libros la de garantizar su conservación con el paso del tiempo. Por eso las bibliotecas no solo son lugares en los que se guardan sin más los libros, sino el escenario de un combate contra su posible corrupción. Los libros son un bien particularmente frágil. La luz, la sequedad, la humedad, los insectos, los robos, los incendios (intencionados o no), las guerras, cualquier cosa puede provocar el deterioro e incluso la desaparición de lo que la humanidad había guardado.

Pero los libros son también algo frente a lo que paradójicamente debemos protegernos. ¿En qué sentido? Preservar el patrimonio escrito de la pérdida o de la corrupción suscita igualmente otra inquietud: la del exceso. La proliferación textual puede convertirse en un obstáculo para el conocimiento. Desde Alejandría, el sueño de la biblioteca universal se ha instalado en la imaginación de los seres humanos, pero desde hace tiempo ese sueño parece más bien una pesadilla; la accesibilidad no solo no nos hace el mundo más inteligible sino que frecuentemente bloquea nuestra limitada capacidad. En la imagen de la biblioteca como laberinto (Borges, Eco) se simboliza la inquietud que se apodera del lector, su desorientación y la conciencia angustiada del tiempo. La bibliomanía del que quiere únicamente poseer libros es posible porque el afán de acumular es en principio ilimitado, pero leerlo todo escapa de nuestras posibilidades reales. Como el general Stumm —el personaje de *El hombre sin atributos* de Musil— uno puede calcular el tiempo que necesitaría para leer todos esos libros y desanimarse profundamente. Tras el afán del coleccionista indiscriminado, ahora comparece la pequeñez del ser humano que se enfrenta a lo monstruoso. Nadie ha llamado la atención mejor que Borges sobre las paradojas de la pretensión de totalidad (en *La biblioteca de Babel*) o sobre esta desproporción entre el lector y los infinitos libros de la biblioteca: “el hombre que quisiera agotarla perdería la razón” (Alejandría).

Como documenta Chartier, el tema de la crisis del libro vinculada a la superproducción aparece ya después de la segunda revolución industrial del libro en el siglo XIX, en los años 1860-70, cuando se abandona la composición manual de Gutenberg para pasar a la monotypia y luego a la linotipia. Este cambio tecnológico vino acompañado por el aumento de las tiradas, el crecimiento de la producción impresa, así como la multiplicación de periódicos y revistas. La primera revolución de la industrialización del libro, la de los años 1820-30, no había tenido tales efectos. Las tiradas no conocieron un fuerte crecimiento hasta 1860. Anteriormente, las tiradas habían ido creciendo pero dentro de unas determinadas proporciones. Pero es entre los años 1910 y 1914 cuando aparece propiamente el tema de una crisis ligada a la superproducción. A partir de ese momento comenzamos a pensar seriamente que demasiados libros pueden ser peligrosos o inútiles para la constitución misma del saber, que supone elección y síntesis.

La reducción de lo monstruoso puede ser *material* u *orientativa*. La primera consiste en la eliminación física de los libros (o en su almacenamiento en lugares de menor accesibilidad). Diariamente se aniquilan libros en una proporción mayor que las legendarias destrucciones de bibliotecas célebres, desde Alejandría a Sarajevo, pero esta vez sin asomo de maldad. Cualquier biblioteca que esté viva termina por enfrentarse a la incómoda cuestión de qué hacer con ese elevado porcentaje de libros que no son leídos o de revistas que nadie va a consultar y que ocupan espacio. La presencia de la escritura en la sociedad contemporánea es tal que sobrepasa la capacidad de conservación incluso para la mayor biblioteca del mundo, la del Congreso de los Estados Unidos, que escoge y envía a otras bibliotecas los materiales que no puede aceptar. Cualquiera de nosotros tiene experiencia de algo similar en la gestión de nuestras bibliotecas domésticas. Si trasladamos esta modesta experiencia a la dimensión de la producción impresa, es evidente la necesidad absoluta de escoger, para la organización y el gobierno de ese universo creciente de datos, información y libros.

11

Hay otro tipo de combate contra el exceso que podríamos llamar reducción orientativa y que consiste en la elaboración de instrumentos capaces de seleccionar, ordenar, clasificar, jerarquizar, orientar. La inteligencia es menos acumulativa que discriminativa; consiste en desarrollar filtros para la tarea ecológica de procesar la información, cuyo espesor amenaza con provocar una entropía cognitiva. A la pregunta ¿qué queda?, la respuesta es casi siempre: demasiado. Los museos, archivos y bibliotecas son hoy lugares de una peculiar ecología cultural: su función es menos salvar la cultura de su destrucción cuanto más bien realizar una elección significativa a partir de la cantidad de basura cultural acumulada.

Del mismo modo que un buen lector es alguien que limita el número de libros que posee o lee, un bibliotecario es alguien que quita las malas hierbas de su biblioteca y un archivero es alguien que selecciona lo que hay que tirar antes de guardar. Al final va a resultar que no era tan irracional la conducta de aquel personaje de la novela de ciencia-ficción de Jean-Claude Dunyac. El lugar en la saturada biblioteca mundial es tan limitado que el responsable está encargado de no conservar más que los textos que aportan una idea original. Tritura lo inútil y aterroriza a los autores para disuadirles de escribir. Como en la ficción, también en la realidad los escritores son individuos peligrosos.

¿Qué podemos concluir de todo esto en relación con el futuro de las bibliotecas?

En virtud de internet la biblioteca universal resulta pensable sin que todos los libros hayan de estar reunidos en un solo lugar. Por primera vez en la historia de la humanidad, la contradicción entre el mundo cerrado de las colecciones y el universo infinito de la escritura pierde su carácter ineluctable. El lugar del texto y el del lector pueden ser diferentes. La biblioteca del futuro será, ya lo es, en buena medida digital, multimedial, nudos de accesibilidad a bases de datos, servidores de conexión universal, pero no parece que vaya a disolverse en la pura virtualidad; seguirá habiendo libros y lugares para leerlos. Con esto no expreso ni un deseo ni una nostalgia. Hay en ello también una razón de "economía" de la búsqueda. Nuestras clásicas bibliotecas materiales no se disolverán en la biblioteca virtual universal por una razón de economía, pero no de dinero sino de atención y tiempo. La inmaterialidad y fluidez de la información digital no exige espacio físico pero reclama tiempo. Las bibliotecas y los lectores se han enfrentado siempre a las limitaciones del espacio, a la dificultad de hacer un lugar para todo lo que parece digno de ser conservado; en el universo digital el límite más obstinado tiene que ver con el tiempo, concretamente con el tiempo que podemos emplear para leer lo que merece ser leído, un tiempo limitado que nos sigue obligando a seleccionar y a que haya mecanismos, instituciones y profesionales que nos faciliten esa selección. Esta será la tarea fundamental de las bibliotecas y sus profesionales del futuro.

12

La idea de que la biblioteca clásica va a disolverse completamente en la virtual presupone que podemos navegar por el universo de datos sobre una pantalla sin que nos asalte la inquietud acerca de si hemos encontrado todo lo relevante o falta algo. El universo digital es un medio extraordinario donde se *encuentran* demasiadas cosas y nos ayuda muy poco a la hora de determinar qué es lo que deberíamos propiamente buscar. Cualquiera es capaz de encontrar; lo difícil es *buscar*. La biblioteca convencional tenía al menos una modesta solución para este problema: de la manera más sencilla posible situar cada libro en un lugar y conforme a un orden sistemático. En el mundo de las posibilidades infinitas sigue habiendo limitaciones de diverso tipo y por eso se necesitan lugares en los que la literatura más utilizada (con todo lo controvertido que esto pueda resultar) sea fácilmente disponible en forma de libro.

Lo virtual es también lo inencontrable, las aterradoras posibilidades infinitas. Recordemos que eran las sirenas las que prometían en la *Odisea* la posibilidad de conocer "todo lo que pasaba sobre la tierra" y que quien las escuchaba perdía la vida en ello.

¿De qué modo influye todo esto en el oficio bibliotecario? ¿Qué podemos esperar de quienes se dedican a ello?

En una época de austeridad preguntarse para qué sirve un bibliotecario tiene inevitablemente aires de amenaza. El mero hecho de plantear esa pregunta parece el preámbulo de algún recorte. Recuerdo haber leído que en Inglaterra se procedió hace años a examinar la organización de su ejército y sus posibles disfuncionalidades. Quien hacía el estudio descubrió que junto a sus baterías de costa había siempre dos soldados que no hacían nada, pero que estaban previstos desde siempre para sujetar a los caballos cuando se asustaran por el ruido del

disparo, y allí continuaban aunque hacía mucho tiempo que habían desaparecido los caballos de esas instalaciones militares. Los cambios, las máquinas y los nuevos procedimientos siempre han suscitado el temor de la propia inutilidad, como puede verse en la película *Su otra esposa* (Walter Lang 1957), cuando la introducción de la catalogación parecía modificar el rol del bibliotecario y provocaba el miedo a perder el puesto de trabajo. Pienso, por el contrario, que la mejor defensa que puede hacerse del propio oficio, cuando la aceleración de las cosas amenaza con volverle a uno completamente inútil, consiste en descubrir qué puede hacerlo necesario en las nuevas circunstancias.

Por lo demás, tratándose de un oficio tan antiguo, no tiene nada de extraño que quienes trabajan como bibliotecarios y bibliotecarias se vean asediados por una perplejidad paralela a las transformaciones que han ido experimentando las propias bibliotecas: han sido sacerdotes, soldados, funcionarios, almacenistas, virtuosos de las nuevas tecnologías... Los bibliotecarios han tenido que ir reinventando su oficio en múltiples ocasiones: cuando se secularizaron muchas instituciones, con la llegada de la Ilustración, al surgir la moderna división del trabajo, cuando se especificó su profesión y dejaron de ser al mismo tiempo escritores y académicos, cuando fueron puestos al servicio del estado como funcionarios... Esto no es algo nuevo. El creador de la biblioteconomía como ciencia moderna en el siglo XIX fue un trabajador reconvertido, Martin Schrettinger, un exmonje benedictino que pasó del convento a la *Bayerische Staatsbibliothek* (una biblioteca en la que, por cierto, tantas horas pasé siendo estudiante). El problema al que tuvo que enfrentarse era algo más serio que un cambio de hábitos y destino personal; se trataba de que el tamaño de las bibliotecas las estaba convirtiendo en algo inútil. A él se debe la invención del catálogo, la idea de que un libro debía poderse encontrar en el menor tiempo posible lo que, en última instancia, posibilitaba la transformación de un museo en una verdadera biblioteca.

13

Hace unos años, Anne-Marie Chaintreau y Renée Lemaître estudiaron el modo como las bibliotecas y sus profesionales eran reflejados en la literatura y el cine modernos. Un repertorio estable de palabras, imágenes, juicios, comparaciones parece surgir automáticamente en cuanto se muestra una biblioteca o se pone en escena un bibliotecario, ciertos rasgos elementales que funcionan como signos de identificación y reconocimiento. Los novelistas tienen una cierta tendencia a exagerar los defectos más que las cualidades en figuras como los médicos, los juristas, los curas o los funcionarios. Los bibliotecarios no son una excepción. Pues bien, la mayor parte de los relatos agudizan el estereotipo que hace de las bibliotecas lugares aburridos y a sus empleados personajes secundarios, con moño o calva (según el sexo), casi siempre con gafas, solitarios y de simpatía más bien escasa. Los hay expertos en clasificación que se transforman en obsesos del orden, catalogadores que se hacen maníacos de la ficha, otros cuya memoria prodigiosa les hace parecer locos cuando recitan de memoria lugares complejos, hay quien es acusado de no hacer nada útil porque se limita a leer... El justo medio no ha sido nunca ni pintoresco ni novelable y a las exageraciones se les saca un mayor partido narrativo.

La caricatura es siempre un síntoma, de lo retratado y del retratista. Examinar el imaginario colectivo en torno a una profesión es interesante no tanto por lo que nos dice del mundo de

los libros y los libreros como por lo que delata de nuestra relación con ellos, del valor que les concedemos. La imagen forjada del lugar y del oficio devienen constitutivos de la manera en que toda una sociedad se los representa. Como ocurre con todos los imaginarios sociales, los clichés no hablan tanto de quien es caricaturizado como de la sociedad en su conjunto que los utiliza y reconoce con ese tipo de caracterizaciones.

Los relatos que tienen lugar en las bibliotecas han experimentado una cierta evolución: en muchos de ellos las bibliotecas dejan de ser lugares oscuros y cerrados, destinados únicamente a la meditación, y se convierten en lugares propicios a la aventura y la intriga. El amor y el crimen penetran en las salas de lectura y perturban la atmósfera rancia de la erudición; de lugares que remiten al pasado pasan a ser puntos de partida de sueños extraordinarios y futuristas; los bibliotecarios timoratos y pusilánimes terminan convirtiéndose en detectives... Pero no deberíamos dejarnos engañar, porque si el cine los ha convertido en escenarios de trepidantes acciones es porque habitualmente no lo son y están destinados a todo lo contrario, a fomentar tan solo la aventura de la reflexión, que a la mayor parte de la humanidad le dice más bien poco. El fenómeno literario de hacerlas lugares emocionantes no hace otra cosa que subrayar su carácter habitualmente aburrido, como espacio donde no se crea sino que se recoge la creación de otros, donde no pasa nada ni se decide nada importante.

14

Pero el rasgo que más destacaría del actual oficio bibliotecario es que sean capaces de sobrevivir en medio de una concentración tan grande de estímulos que invitan a leer. Si cedieran a la tentación de leer, no harían lo que deben hacer. Los usuarios de bibliotecas miramos a los bibliotecarios como los golosos a los pasteleros, preguntándonos como estos últimos pueden mantener esa indiferencia respecto de los dulces para no sucumbir ante ellos. Si no les corresponde leer, menos aún están obligados a opinar sobre la verdad o el error que los libros puedan contener. Anatole France, que fue un gran escritor y un gran bibliotecario, consideraba que el bibliotecario solo puede mantenerse cuerdo entre tantos libros que se contradicen si no piensa, si es capaz de "*vivre catalogalement*".

Esta neutralidad es una conquista del oficio y no algo natural; históricamente quien se encargaba de una biblioteca tenía asignadas otras misiones como la de leer, escribir y enseñar. Eso que los sociólogos llaman proceso de diferenciación social o funcional lo que hace es especificar las tareas de los sistemas y las profesiones, asignándoles un núcleo distintivo frente a las demás. Cuando a principios del siglo XVIII Leibniz reflexiona sobre la naturaleza del oficio bibliotecario y dice que las bibliotecas no están para ser leídas sino para servir como inventarios, ya está pensando en clave moderna de división del trabajo y ya se ha diferenciado entre el trabajo científico y el trabajo bibliotecario, ese trabajo que, como lo definiría Lessing, es "seco", técnico y presidido por una cierta indiferencia hacia el contenido de los libros.

Esa indiferencia no ha sido siempre bien entendida y a veces puede ser vista como si en el fondo de la profesión bibliotecaria hubiera una cierta hostilidad, hacia los libros y hacia los lectores. Probablemente este sea el origen del tópico que considera al bibliotecario como un ser maniático que crea voluntariamente sistemas complejos para hacer inaccesibles los volúmenes o para acreditar su poder sobre los lectores y sobre los libros.

Cuando yo era estudiante circulaba entre nosotros el reproche de que las bibliotecarias y los bibliotecarios estaban ahí para dificultar el acceso a los libros y por eso resultaban casi siempre personas gruñonas. En aquella maledicencia había un punto de verdad. Que facilitaban el acceso era una evidencia, pero que nos lo impidieran ocasionalmente parecía una rareza o un abuso de autoridad. Con el paso del tiempo he ido comprendiendo que interponer esas dificultades para hacerse con un libro formaba parte de la nobleza de su oficio; dificultaban el robo, las pérdidas, el préstamo ilimitado o el maltrato de los libros, pero su escasa generosidad también podría entenderse como una estrategia para protegernos a nosotros mismos del exceso de libros. Hay una contradicción en el oficio bibliotecario, un equilibrio inestable que siempre me ha parecido digno de admiración: conseguir que los libros sean asequibles y protegerlos del daño que pueden causarles sus lectores. Pero hay otra aparente contradicción que todavía resulta más extraña, seducidos como estamos por la posibilidad de que el mundo se organice sin mediaciones: están al servicio de la accesibilidad, pero para hacerla real tienen que reducir su alcance. Cuando un bibliotecario o una bibliotecaria alejan o esconden ciertos libros para que otros nos resulten más accesibles, cuando seleccionan, destacan o recomiendan, formalmente están haciendo algo muy parecido a lo que pretendieron los enemigos de los libros, pero así consiguen lo contrario que aquellos fanáticos: protegen el libro de los saqueadores y nos protegen a nosotros de su excesiva cantidad.